

**Reseña de Lorenz, Federico, *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*. Buenos Aires, Edhasa, 2013, 344 págs.**

**CAROLINA BRANDOLINI (CESIL – UNL)**

Centro de Estudios Sociales Interdisciplinarios del Litoral  
Facultad de Humanidades y Ciencias  
Universidad Nacional del Litoral  
Santa Fe, Argentina  
[carobrandolini@gmail.com](mailto:carobrandolini@gmail.com)

*Algo parecido a la felicidad* es un texto historiográfico que analiza la experiencia de la clase trabajadora argentina a lo largo de la compleja década del 70, desde el estudio de un caso particular: una agrupación de obreros navales adscrita a Montoneros, con base en el astillero Astarsa, ubicado en la zona norte de Buenos Aires. En este atrapante escrito, Federico Lorenz condensa el resultado de diez años de meticulosa investigación.

La obra constituye un aporte valioso por diferentes razones. En primer lugar, porque implica una rica articulación entre un estudio de caso localizado y una serie de discusiones y planteos “macro” que refieren a la historia reciente de la clase trabajadora a escala nacional. Es posible recorrer esta lógica de combinación entre una mirada general y el caso particular a lo largo de todo el texto, recurso que permite iluminar determinadas cuestiones a partir de una perspectiva centrada en la experiencia obrera.

En segundo lugar, *Algo parecido a la felicidad* resulta relevante en tanto toma como objeto de estudio una temática poco abordada por la historiografía del campo de la historia reciente argentina. Si bien abundan trabajos en torno a las dos organizaciones armadas más importantes del período (Montoneros y ERP), son escasos los estudios sobre la vinculación de las mismas con el movimiento obrero. Como el mismo Lorenz afirma, la Juventud Trabajadora Peronista, frente sindical de Montoneros, ha sido poco abordada. Lucha armada y lucha sindical aparecen, desde esta perspectiva, como dos conceptos no excluyentes sino complejamente imbricados.

En tercer lugar, el texto resulta interesante porque, como lo plantea el autor, su escritura y publicación se han tornado un “desafío historiográfico”. La historia de la agrupación “Alesio”, reconstruida a partir de diversas fuentes y de una metodología cualitativa, sumerge a Lorenz en dilemas ético-políticos que son explicitados abiertamente en la introducción del libro y en el apéndice final. Concretamente, la investigación lo condujo a una revisión del hecho fundacional de la agrupación, y esto implicó que el autor necesite reflexionar intensamente en torno a los objetivos del discurso historiográfico, el lugar del historiador, la circulación y el impacto de su producción.

A lo largo de su investigación Lorenz debió afrontar difíciles encrucijadas: "desmitificar" el origen de la agrupación implicó en un momento nadar contra memorias románticas, memorias sobrevivientes y salpicadas por la brutalidad y la sangre de una represión que triunfó. ¿Qué hacer frente a esto? La salida elegida, profundamente política y comprometida, fue dar a su producto historiográfico el carácter de un discurso que repusiese condiciones comprensivas de los hechos, es decir, que volviese inteligibles cuestiones que desde los paradigmas de la propia memoria y de la moral resultan a veces incomprensibles.

Concretamente, el autor contextualiza el recurso a la violencia instrumental por parte del grupo de militantes obreros, mostrando cómo determinados formatos de acción que hoy quizás puedan parecer ajenos formaban parte del repertorio de acciones colectivas de la década del '70; e indicando también cuáles fueron las circunstancias culturales, políticas y sociales que, conjugadas de determinada manera, posibilitaron la actuación de este grupo de trabajadores. Para ello presenta el problema en la introducción –pero sin ahondar en él–, y lo retoma al final del libro, luego de que el lector haya podido seguir al autor en su planteo general, atendiendo a diversos planos de la realidad epocal.

El texto se divide en tres partes ordenadas cronológicamente. La primera comprende el período 1969-1973 y reconstruye el surgimiento de la agrupación “Alesio”. Consta de cuatro capítulos que abarcan diferentes aspectos. En el primero se trabaja el momento de la toma del astillero Astarsa ocurrida el 24 de mayo de 1973, en la víspera de la asunción de Cámpora. Allí Lorenz analiza diferentes planos que, en su conjunción, permiten entender el recurso a la “toma” de la fábrica y la oportunidad que este acontecimiento brinda para subvertir las relaciones de poder existentes hasta ese momento entre los obreros, la burocracia sindical y la patronal. La transformación identitaria que implica la toma es estudiada a partir del análisis de entrevistas a diferentes actores que experimentaron esa acción colectiva y de otras fuentes.

El segundo capítulo presenta un análisis de la interna peronista y su dinámica dentro del mundo sindical. A partir del relevamiento de documentos de Montoneros y de la recuperación de planteos de otros investigadores, reconstruye la estrategia de la JTP en tanto brazo sindical de la organización, detallando cuáles eran las lecturas que se realizaban de la coyuntura y, en función de las mismas, indica cuáles eran las acciones planificadas y/o emprendidas para dar batalla a la burocracia sindical. Resulta interesante, en este punto, el llamado de atención de Lorenz sobre algunas contradicciones que tuvieron lugar entre la organización Montoneros y la experiencia concreta de los trabajadores navales en lo referente a las lógicas de construcción y a los objetivos de su militancia.

En el tercer capítulo se describen las características del astillero en tanto lugar de trabajo: cómo era la empresa, qué formas, secciones, tiempos y destino tenía la producción. Desde allí se explican las estrategias desarrolladas tanto por la patronal como por los obreros desde el sindicato para disputar y negociar. El vandorismo (entendido como *modus operandi* del S.O.I.N. - Sindicato de Obreros de la Industria Naval) se valía de la posibilidad de aprovechar determinadas coyunturas relacionadas con los ritmos productivos de este tipo de empresas, en común acuerdo con la patronal. Son este tipo de acciones las que movilizan a los trabajadores jóvenes y los empujan a organizarse.

La sociabilidad de los navales, para Lorenz, estuvo íntimamente ligada al territorio barrial, dado que los barrios aledaños eran barrios obreros, emplazados en función de las empresas. Esto también le da un particular cariz a la militancia, en tanto condiciona la comunicación y las repercusiones cotidianas de las acciones. Además, realiza una descripción de las características culturales del grupo de trabajadores: al ser en su gran mayoría hombres, el trato entre ellos y el lugar asignado a la mujer se constituyen en materia de estudio desde una perspectiva atenta al concepto de género.

El último capítulo de la primera parte recorre la gestación de la agrupación Alesio a partir del análisis de la resistencia peronista. Este estudio local permite entender que la organización Montoneros posee orígenes diversos, no solamente vinculados a la clase media y al catolicismo. El caso refiere a la fusión entre militancias territoriales de base –ancladas en lazos barriales y familiares (como “los Lizaso”)–, y militancias de jóvenes ligados a sindicatos –como el caso de la agrupación metalúrgica “Felipe Vallese”–, ambas surgidas desde abajo en épocas de la resistencia. Son en buena medida este tipo de agrupamientos los que se constituyen, a partir de la década del '70, en los frentes de masas de Montoneros.

La segunda parte se denomina “Sobre la santísima trinidad” en referencia a la patronal, la burocracia sindical y las fuerzas del Estado, y aborda el período que va desde otoño de 1973, luego de la toma del astillero, hasta otoño de 1975, cuando la represión y los niveles generales de violencia se acrecientan exponencialmente.

El capítulo 5 analiza el desarrollo de la agrupación que hacia mayo del ‘73 protagonizaría la toma del astillero. Algunos de los jóvenes que comienzan a organizarse para disputar el lugar del sindicato desde el cuerpo de delegados se identifican con el clasismo, corriente ideológica antiburocrática para la cual la acción directa es una herramienta fundamental a la hora de empoderar a la clase obrera. En este sentido, Lorenz va considerando cómo la participación en las elecciones sindicales, pero también el recurso a otro tipo de acciones como las movilizaciones o las tomas, van siendo evaluadas por los militantes en los años previos a 1973. Clasismo y peronismo de base serán las principales ideologías desde las cuales se irá construyendo la Alesio. El final del capítulo intenta explicar las razones de la definitiva adhesión de la agrupación al espacio de Montoneros.

El sexto capítulo aborda los cambios culturales operados a partir de la nueva correlación de fuerzas establecida desde el triunfo de la toma. Los obreros logran incidir fuertemente en espacios antes ajenos, tales como el espacio de las decisiones en torno a la producción: la salubridad en el trabajo cotidiano, las condiciones de trabajo y el vínculo con la gerencia sufren una transformación evidente que el autor reconstruye pormenorizadamente. Se destacan las dificultades que implicaba “tomar la batuta” (tal es el nombre del capítulo) para los miembros de la Alesio de cara al resto de los trabajadores, porque para las bases muchas veces las cuestiones de seguridad e higiene acercaban el discurso de los militantes al de la patronal.

El capítulo 7 trabaja el proceso de extensión territorial emprendido por la agrupación para sumar a compañeros de otros establecimientos del barrio y del rubro, con el fin de crecer pero también de dar la disputa dentro del sindicato. Se destaca permanentemente la manera en que la militancia sindical se entremezcla con la militancia territorial. Se describe, por ejemplo, cómo algunos de los militantes se dedican a trabajar la cuestión de las condiciones de salubridad del trabajo con algunas de las mujeres de los trabajadores de los astilleros y cómo, a partir de allí, se genera entre ellas una creciente sociabilidad y el apoyo incondicional a las tomas de fábrica, todo ello estrechamente vinculado a las relaciones dentro del barrio. Hacia el final, se muestra cómo la disputa entre los miembros del SOIN y los de la agrupación Alesio se iban acrecentando e iban tomando tintes cada vez más violentos.

Motivado por la pregunta sobre “el lugar de la violencia” en las prácticas de los años ‘70, Lorenz estudia en el capítulo 8 un acontecimiento concreto que se da en el marco contextual que viene describiendo: el “ajusticiamiento” de Bonavena, un representante de la derecha gremial que había provocado a los militantes al entrar armado a una asamblea. Este asesinato significó un punto de inflexión tanto para la Alesio como para sus enemigos políticos. El autor contextualiza el recurso a la violencia, ubicando este tipo de acciones en el marco de la represión estatal y paraestatal que se radicalizó a partir de la muerte de Perón, pero que había comenzado mucho antes. A su vez muestra la inmediata respuesta a la muerte de Bonavena (otro asesinato) y la manera en que se desarrolla una espiral creciente de violencia.

El capítulo 9 analiza dos tendencias que surgen dentro de la agrupación en 1974, al calor de las discusiones existentes en Montoneros: una decidida a “militarizar” las acciones –lógica que se profundizaba al compás de la clandestinización de la organización–, y otra que procuraba seguir teniendo como norte las reivindicaciones sindicales. Nuevamente puede observarse aquí cómo las discusiones y los temas que aborda la historiografía a nivel macro, toman un tinte particular a partir del caso. Interesa particularmente el análisis de la experiencia de los obreros y la manera en que las directivas que emanaban de la conducción de Montoneros para con sus frentes sindicales eran acatadas o entraban en contradicción con lo que algunos trabajadores creían.

**La tercera parte** se denomina “destrucción” y trabaja el período comprendido entre el invierno de 1975 y el invierno de 1978, en particular las modalidades y consecuencias de la represión.

El capítulo 10 comienza describiendo las medidas económicas que intentó llevar a cabo el ministro Celestino Rodrigo y las experiencias de conformación de “coordinadoras regionales” que se erigieron para hacerles frente. Luego se describe el recrudecimiento de la represión, situado mucho antes del golpe de Estado. La persecución a los principales referentes de la agrupación, (pero no sólo a ellos), logra instaurar una política del miedo que rompe los lazos colectivos y paulatinamente reemplaza identidades colectivas por otro tipo de identidades individuales, tendientes a lograr la supervivencia.

El capítulo 11 destaca la idea de que la violencia de las bandas sindicales y parapoliciales y la colaboración de los empresarios prepara el terreno para la aplicación de la violencia sistemática presente a partir del 24 de marzo de 1976. Luego de abril de ese año se inicia un ciclo de detenciones masivas y públicas tendientes a instalar el terror y a desmovilizar a la clase obrera. Sin dudas su disciplinamiento y desestructuración fueron los objetivos principales de la dictadura. Lorenz detalla además de qué manera la misma territorialidad de la militancia, que había sido causa de la efervescencia y de su fortaleza, es la que facilita su rápido exterminio.

El capítulo 12 se titula “el barrio de las viudas” y utiliza como estrategia explicativa la narración de historias de vida de mujeres que sufrieron la desaparición de sus parejas. Además de promover una comprensión profunda de las consecuencias dejadas por el proceso represivo, una de las mayores riquezas de esta parte del escrito radica en la reconstrucción de memorias no hegemónicas sobre la represión.

Los capítulos 13 y 14 periodizan y detallan los procedimientos, objetivos y consecuencias de la dictadura sobre los obreros navales. Interesa particularmente que el foco se pone aquí sobre actores normalmente “marginados” de los relatos historiográficos. Lorenz desarrolla en detalle de qué manera dos trabajadores de la agrupación –Carlito y Bocha– vivieron los años represivos y también los posteriores. La derrota tuvo que ver no sólo con la imposición del miedo y con la muerte y la desaparición de los miembros de la agrupación, sino también con volver a los niveles de productividad que imponía la empresa antes de 1973.

Por último, en un apéndice final, se hipotetiza sobre los posibles motivos del accidente que dio inicio a la toma de Astarsa en 1973 y que constituyó el mito fundacional de la agrupación, a la luz de las fuentes indagadas cuando el trabajo ya estaba en su etapa final. Como se adelantó al principio de esta reseña, este tema puntual cobra un lugar neurálgico dentro del proceso de investigación, en tanto implica desafíos teóricos y políticos que el autor se ve obligado a asumir y resolver.

El libro rescata la historia de personas que protagonizaron una obstinada lucha por *algo parecido a la felicidad*. La represión y el neoliberalismo dejaron en ruinas al astillero que fue escenario de esa búsqueda, pero este trabajo, de alguna manera, viene a rehabitar el vacío a partir de su resignificación, a continuar una lucha que sigue abierta.